



Rubén
Castillo
Gallego

Hola, mi amor, yo soy el Lobo...



Que Luis Alberto de Cuenca es un poeta de reconocido prestigio nacional e internacional es cosa sabida. Que fue director de la Biblioteca Nacional y Secretario de Estado de Cultura, también. Que ha sido galardonado con el Premio de la Crítica y con el Premio Nacional de Traducción, también. No obstante, es menos famosa su faceta como letrista de la Orquesta Mondragón, que lo llevó a escribir canciones como «Caprecita feroz» o «Garras humanas», para que las popularizase el inefable Javier Gurru-chaga.

Ahora, la siempre sorprendente editorial Rey Lear nos ofrece una selección de poemas de este mago de las palabras, consensuada por Jesús Egidio y Miguel Ángel Martín e ilustrada simpáticamente por este último. Y en ella descubrimos de la mano de Luis Alberto de Cuenca cómo los reyes antiguos se enamoraban de una forma fatal de sus hijas más adorables («Amour fou»); cómo el desengaño puede mezclarse con el humor y convertirse en dos endecasílabos irónicos (¡Qué mal mientes, amor! Si no te gusto / dímelo. Pensaré en un buen suicidio); cómo las mujeres con problemas conyugales pueden ser aconsejadas con sarcasmo y con gracia («La malcasada»); cómo el desayuno puede ser la comida más sensual y más placentera del día; cómo las hijas de los reyes y los monstruos pueden protagonizar historias menos truculentas que las comúnmente pregonadas por los libros más atroces de nuestra infancia («La princesa y el dragón»); o cómo las fábulas pueden ser leídas de un modo distinto, según los ojos de la persona que se acerque a ellas («La sirenita»).

En estos poemas breves, heterogéneos, calientes, activos, amargos, dulces, irónicos y vivaces, el dandy Luis Alberto de Cuenca introduce alusiones a Jaime Gil de Biedma, Juan Manuel de Prada, Pessoa, Borges o Coleridge; pero no se arredra a la hora de mezclarlos con Indiana Jones, el rock and roll, Lon Chaney, su Ford Fiesta rojo, el Joker, Mae West, Flash Gordon o las burbujas del champán, en una mixtura deliberadamente pop que tiene mucho de juego libérrimo y algo de las enumeraciones caóticas de Leo Spitzer.

De tal manera que la poesía, por fin, se convierte en una ceremonia donde las palabras juegan a lanzarse por toboganes (como quería el gran Julio Cortázar) y se dan la mano para bailar al corro, mientras los lectores disfrutan con sus luces, sus colores, sus gritos de felicidad, sus espontáneos giros y vaivenes. Si sólo nos ha sido dada una vida, la poesía sí que puede ser (lamento contradecir al espléndido Gabriel Celaya) sin pecado un adorno. Antologías tan hermosas como ésta que nos propone la editorial Rey Lear sirven para reconciliarse con el gozo de leer.



Pascual
García
pasgarcia62@gmail.com

El reloj de mis abuelos

Apenas conocí a mi abuelo materno, Cristóbal, *El Relojero*, que da nombre al patio y a la cuesta que hay debajo de Las Torres, al final de la calle de la Soledad, donde nació, vivió toda su vida y murió cumplidos los ochenta y seis años, cuando yo contaba cuatro. En el ínterin tuvo tiempo de aprender el oficio que le da el apodo, casarse con mi abuela Rosa y engendrar tres varones y dos hembras.

Sé por mi madre que no fue un hombre común. Recto y disciplinado hasta el extremo, sus hijos varones debían llegar antes de las diez de la noche de sus salidas nocturnas o de lo contrario hallaban la puerta cerrada. No era una advertencia vana, pues alguna noche la pasaron al raso, bajo la parra que hermozeaba el pequeño huerto junto a la entrada. En cuanto a las mujeres, no es preciso tener mucha imaginación para entender el punto de vista de un republicano chapado a la antigua, honrado y de una integridad a prueba de bombas. En cambio, mi madre lo recordaba con ternura, sentado a su mesa de artesano con los útiles y las herramientas para componer los relojes de la época, solo en la cámara junto a la pequeña ventana desde donde podía divisar el huerto con los almendros y las higueras, la cañada y, al fondo, la silueta del cementerio recortada contra la sierra del Cerezo como un símbolo de eternidad.

A pesar de su carácter y de su ideología anticlerical, todos los domingos avisaba a su mujer y a sus dos hijas para que se apresuraran porque ya había sonado el primer toque para la misa de doce y se les hacía tarde. Cuando me lo contaba mi madre, no ignoraba, desde luego, que me estaba dando una lección de tolerancia, un modelo que nunca he olvidado. Durante mis primeros años fui a la iglesia con frecuencia, al menos en las festividades, pero en el principio de la pubertad me rebelé contra el miedo, los pecados innumerables y la hipocresía. En realidad me rebelé contra mi propio miedo y tomé la decisión de afrontar la vida desde aquel momento con la cabeza alta y provisto sólo de los valores humanos que me habían inculcado mis padres y mis antepasados, y de las muchas lecturas que empezaba a realizar por aquellos días.

La anécdota de mi abuelo Cristóbal constituyó una suerte de fetiche y nunca he dejado de referirla. Por lo de-

más recuerdo vagamente el día en que murió, la venida de mis tíos y de algunos primos de Alicante y Barcelona, la tristeza de mi madre y su delicado sentido de la maternidad, el pésame de los vecinos y de la familia.

Comparto con mi abuelo Cristóbal, asimismo, el gusto por el cine, al que él acudía cada noche, en invierno o en verano, aunque repitieran la película. Fumaba con cierta moderación y gustaba de beberse una copa de lechamís en un vaso pequeño de cristal que yo conservo en mi casa. Toda su vida se ocupó del reloj de la Iglesia de la Asunción (ya lo he escrito en alguna otra parte) con tanta pericia y éxito que el resto de los relojes del pueblo (hoy sería impensable) se ajustaban a su hora. Mi otro abuelo le compró un reloj de bolsillo a cambio de algunos productos de la huerta. Lo tengo colgado en mi habitación de trabajo, porque se trata del reloj de mis dos abuelos, del que lo construyó y del que lo llevó toda su vida y me lo legó a mí.

Lo observo muy a menudo, mientras escribo o leo. Hace muchos años que no va en hora, tal vez porque ya pasó su tiempo y hoy es sólo un objeto en mis manos, una esfera borrosa, una leontina opaca, una maquinaria que alguien construyó con la intención de que permaneciera porque en aquella época se hacían algunas cosas de este modo.

En ocasiones se me ocurre darle cuerda, a la vieja usanza, aplicando la yema del pulgar y del índice a la corona, con suavidad y con la ternura del nieto por la memoria de sus dos abuelos. De repente vuelvo a oír el sonido acompasado de una melodía tan añeja como bien hecha. Me conmueve ese preciso tictac que regresa de los años intacto para certificar lo imperecedero. Es una especie de consigna. La certidumbre de que mi abuelo Cristóbal, *el Relojero*, sabía hacer bien las cosas y de que su actitud ante la vida era tan sólida y firme como su sabiduría de artesano impecable. Dejo que siga marchando el reloj hasta que torna a pararse. No quiero dañarlo, es preferible que duerma con el resto de los objetos de su tiempo. Por eso lo cuelgo frente a mi escritorio y torno a enfascarme en mi trabajo. Convengo en que su presencia muda es también la presencia invisible y silente de mis antepasados, su complicidad y su compañía.